

EDITORIAL

El siglo XX permitió apreciar el papel de la antropología ante las distintas sociedades que pueblan el planeta, descubriendo la diversidad que nos caracteriza. Para ello, se desarrollaron teorías, metodologías y técnicas de investigación con la finalidad de explicar e interpretar lo observado por distintas vías, explicitando en el trayecto la experiencia de los antropólogos.

Investigadores con diferentes tendencias discutieron durante largo tiempo, las distintas posiciones teóricas que intentaron regir el trabajo antropológico, proporcionando a la discusión una gran riqueza sobre métodos y técnicas. Con ello, se hizo evidente la participación y la connotación política de la ciencia en cuestión, argumentando posiciones en torno al hecho real y sus sociedades. Desde la izquierda hasta la derecha los especialistas y simpatizantes hacían gala de la experiencia que proporcionaba el trabajo de campo, a partir de la información directa que justificaba el dato empírico.

La discusión llevó, en algún momento, a inducir la paulatina desaparición del trabajo de campo como unidad articuladora de la teoría. Consecuentemente se debatió sobre el ejercicio de la antropología hasta llegar al quiebre de las ideologías y de los sistemas político-económicos, momento en el cual el nuevo discurso dominante diseminó la distinción entre las diferentes posiciones, para dejar en el escenario una propuesta transparente que dignifique y justifique el presente vivido como una entidad en vías de la globalización que absorba cualquier diferencia en la similitud.

En este contexto, la antropología se deslizó por caminos que le llevaron a suponer el final del trabajo de campo como un argumento que justificara la presencia del autor, describiendo al otro a través de la escritura, enunciando en ello la incapacidad de hacer prevalecer la mirada en la diferencia para hacer presente la propia visión que se tiene de sí mismo. Recurrencias discursivas que proponen el fin de la disciplina para llevarla por distintos caminos, dando giros que intentan socavar el propio discurso.

Varios movimientos se hicieron presentes en diversos lugares donde la resistencia hizo resaltar que sin el trabajo de campo, la antropología no es

antropología. Que esta ciencia tiene como principio fundamental de su existencia la experiencia que da el encuentro con la diversidad, donde el otro se presenta por sí mismo, estableciendo en el contacto la posibilidad de la mirada intercultural o en el mejor de los casos, transcultural, que busque en el diálogo la capacidad de la pervivencia como argumento epistemológico.

Desde esta nueva perspectiva, gracias al intercambio entre el especialista y el hecho real, el sujeto emerge de la investigación, denotando con su presencia la existencia de las fuentes de investigación en el trabajo de campo. Consecuentemente, nuestro trabajo acciona distintas opciones con los seres vivos a través de una mirada que delimite al individuo-especie-sociedad bajo un principio de reciprocidad que desborde a la misma ciencia hacia rumbos que generen en los observables multiplicidad de entidades basadas en la morfogénesis de la interacción de los distintos sentidos representados en el hecho real.

Al plantear lo anterior llevamos de nuevo a la antropología al terreno de observables que sólo y únicamente se pueden encontrar en el trabajo de campo, lugar por excelencia de esta ciencia. En este sentido, el pensamiento unitario queda rebasado por la diversidad de formas y contenidos que articulan simbólicamente la relación existente entre realidad y lenguaje, para denotar en el diario de campo la participación dialógica entre el investigador y la sociedad estudiada, haciendo presente en ello la capacidad que tiene el sujeto para enunciar su historia desde la perspectiva de una investigación de segundo orden. Consecuentemente, trabajar en una antropología de este tipo conlleva a hacer presente el lugar de la ética como compromiso político y académico con los sujetos sociales, en cuyas comunidades tienen también una perspectiva de su propia historia y de la memoria colectiva que de ella emana.

Pensar la antropología deviene en sentidos de vida compartida durante las estancias de campo, donde la memoria, los recuerdos y sus olvidos son la base de la descripción que nos hace partícipes de multiplicidad de eventos, cuya densidad en tiempo narrativo proporcionan a la etnografía su carácter de biografía manifiesta a través de lo visto, lo vivido y lo oído por el antropólogo durante el trabajo de campo. El recorrido de la descripción nos lleva a buscar tanto en el pasado como en el presente las evidencias de existencia de la cultura como movimiento social, materializando en el devenir las posibilidades verosímiles del hecho real.

El conocimiento social, cultural e histórico de las sociedades humanas se hace patente a través de un valor de uso y de cambio de los procesos simbólicos que se viven en presencia de la invención de lo cotidiano, como los signos que

regulan la vida social y que en algún momento desaparecen para convertirse en ausencia. Articuladores que formalizan el presente y legitiman la presencia del pasado como procesos recursivos del orden de las sociedades. El trabajo antropológico reordena lo sabido por el otro en su diversidad, asintiendo en un sentido de humildad que el conocedor de la historia no es uno, sino el otro; y que cualquier cosa que se diga de más se convierte en parte del imaginario deseado del antropólogo, produciendo en el discurso un único encuentro con la ficción que lo lleva a justificarse en un romanticismo excesivo.

El ordenamiento de los distintos eventos sociales nos lleva a abstraer, sobre bases teóricas que permitan la modelación de los métodos y técnicas basados en el rigor del trabajo científico, una construcción-deconstrucción de los procesos del mundo real. Dicho de otra forma, en el trabajo de campo la teoría se va adaptando a la construcción de los observables a través de un prisma múltiple que le permita desarrollar distintos derroteros para llegar a un lugar previsto.

Moverse en este sentido nos ubica en distintas objetivaciones que establecen un principio basado en la bifurcación de los eventos, conduciendo en este devenir la investigación para denotar en el discurso la capacidad de encontrar lo no previsto como posibilidad que desborda la propia estrategia de investigación. Esta forma de ordenar el trabajo, nos presupone un conocimiento profundo de la propuesta teórica basada en una antropología integradora de la ciencia que se acerque realmente al mundo de lo real, sin recortes ni parcialidades arbitrarias que impidan el conocimiento de lo estudiado, buscando en la incertidumbre la existencia de continuidades que nos ubiquen en el terreno de los acontecimientos como procesos enunciativos de la cultura, la historia y la sociedad.

Finalmente, podemos reiterar que en las ciencias antropológicas el punto crucial de la disciplina se produce en el momento del trabajo de campo, bajo una perspectiva integradora y transdisciplinar de la misma. Para expandir el conocimiento en un sentido cognoscitivo que ubique la naturaleza y la sociedad en el sentido mismo de la vida y la organización social.

Rafael Pérez-Taylor
Editor asociado